

De comilonas y cenas...

Nina Melero

Pote, vieiras, caldereta de marisco, queso de tetilla, tocinillos de cielo... En fin, el banquete padre. La Costrillas repasó el menú de aquel restaurante español en la ciudad extranjera donde llevaba dando tumbos desde el sesenta y seis. Un día, hacía ahora casi medio siglo, había terminado de juntar el dinero para huir de su Galicia natal; y allí se había bajado del tren, entre la nieve, pensando en empezar de nuevo y sin poder imaginar lo difícil que sería luego reunir la cantidad necesaria para regresar a ese lugar que en el fondo era su casa, aunque hubiera tardado casi cincuenta años en darse cuenta. Décadas llevaba rodando por la acera con la pelambrea agusanada y los ojos desteñidos de tanto llorar. Pero ahora... Ahora que aquel fajo de billetes había aterrizado inesperadamente en sus manos, iba a darse el gustazo. Sí señor. Para un billete a El Ferrol no le daba, de modo que decidió alquilarse una habitación con estufa unos días y empapuzarse de marisco y Albariño hasta reventar. Como está mandado.

A tono con la ocasión, se había pintarrajeado los ojos de azul, se había atado las greñas y había cubierto casi totalmente el tufo pútrido que emanaba de su ropa con un chorro de un perfume “elegante” que había robado en el supermercado. Allí entraba Doña Costrillas, con paso firme, en el restaurante del que la habían echado a patadas un día que se acercó por curiosidad a ver los platos de su tierra, que por cierto en aquel lugar costaban a peso de oro, como si fuesen exquisiteces exóticas: Filloas, lacón con grelos, chicharrones, la madre del cordero. Al leer en alto el menú, los labios se le colocaron en posiciones casi olvidadas para dar forma a aquellas palabras queridas que le traían a la boca el sabor de un pasado espumoso y cantábrico; un pasado embellecido, reinventado en la distancia, como lo son todos los pasados.

“De comilonas y cenas, están las tumbas llenas”, decía el saber popular. A tomar por culo los refranes. La vieja engullía sin orden ni concierto, devorando empanadas y percebes como si del juicio final se tratase. Y, mientras soñaba con el siestorro que se pensaba meter después, se entretenía en sacarle la lengua verrugosa al camarero, un cretino estirado que la había estado vigilando desde que llegó; y que, todo se ha dicho, estaba frito, el hombre, de tanto traer platos y aguantar locuras.

La Costrillas se atizaba lingotazos históricos de vinillo blanco y se sonreía, ya medio pintona, pensando en el saque que tenía desde niña y en cómo las carambolas

del tiempo le habían regalado aquella pequeña y gloriosa sorpresa. Quién iba a imaginar, por los apóstoles y sus parientes, que el collar de piedronas verdes y redondas que había robado a su hermana siendo niña y que había llevado toda la vida, resultaría ser una pieza única para un coleccionista de gilipolces gafudo y cincuentón. Los suecos eran gente rara, eso era una de las muchas cosas que había aprendido desde que llegó a aquella ciudad azulada, como construida con maderas de barca.

En realidad el collar nunca le había gustado mucho -simplemente se lo robó a la niña para fastidiarla-, pero había terminado por no quitárselo nunca porque era el único objeto de su infancia que conservaba. Por un momento le entró un frío triste al recordar el instante en que, con una sonrisa maliciosa, lo sacaba subrepticamente del joyero nacarado. Qué sensación extraña pensar que, en aquel remoto momento de delicioso vandalismo infantil, aquella niña que ella había sido jamás habría podido prever las circunstancias futuras en las que aquel objeto la acabaría acompañando. Las cosas más sencillas, de la forma más idiota, pueden terminar por ser lo único que nos queda, pensó. Un collar de vieja pelleja siempre le había parecido; y, mira, era precisamente una la que lo había terminado llevando. Un collar horrendo. Pero el tipo había soltado la pasta, y eso era lo que importaba; concluyó, subrayando sus pensamientos con un eructo cavernario que le puso los bigotes de punta al camarero.

Ya en su recién estrenada habitación, dejó caer sus huesos sobre la cama y se cubrió con el edredón de plumas, a punto de levitar de puro éxtasis. Una pena, que el sopor dorado de la satisfacción no tardara mucho en dar paso a una sensación bastante distinta. La tripa, dilatada de tanto matalotaje y poco acostumbrada a los excesos, sobresalía temblorosa debajo de la sábana como un volcán al borde del colapso. A medida que un dolor difuso le conquistaba la panza como una onda sorda y pestilente, la Costrillas empezó a darse cuenta de lo que estaba sucediendo: aquello no era una indigestión, era el acabóse. Por todos los santos... Intentó incorporarse, pero los ojos se le nublaban con cada náusea y un sudor frío le goteaba por el pellejo agrietado de la papada. Se sentía girar la habitación, la respiración se le cortaba, los eructos guturales con sabor a vieiras le vapuleaban las tripas y la Costrillas... La Costrillas se acurrucó, un momento antes de perder el sentido, y en su último momento de lucidez decidió sonreír. Qué carajo, pensó. Voy a salir por la puerta grande, repepinando de marisco y bajo un colchón de plumas, como la reina que siempre he sido... Iros todos a tomar por culo.

Y así se marchó la vieja, feliz como una perdiz reventona, abandonando poco a poco este mundo en el que nunca había acabado de encajar del todo. Después del último banquetazo la enterraron; y allí se quedó para siempre, en aquella ciudad cuyo nombre nunca había sabido pronunciar. Con la panza llena y una sonrisa en los labios. Como debe ser. Y a quién le importa, si de comilonas y cenas...